

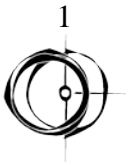
Introducción*

Introduction

Florencia PEYROU
Angela PÉREZ DEL PUERTO
Universidad Autónoma de Madrid

Los llamados *documentos de lo imaginario* (literatura, música, pintura, creaciones artísticas de todo tipo) fueron incluidos en el catálogo de fuentes históricas importantes desde la primera generación de *Annales*. Permitían bucear en los comportamientos, preocupaciones e imaginarios de distintos grupos sociales en diversas épocas históricas. Se valoraban por su carácter mimético, reflejo de un universo cultural que se pretendía comprender, y por lo que podían expresar los mundos y personajes imaginados¹. A partir del giro cultural que tuvo lugar en los años 1980, dichos materiales se empezaron a apreciar también por su capacidad de dar acceso a la singularidad, la intimidad y lo privado. Se fue abriendo paso el deseo de atender a la subjetividad de los actores, a las representaciones individuales (y no solo las colectivas) como factores fundamentales en la construcción del mundo social².

El recurso a las fuentes artísticas aumentó, por tanto, exponencialmente, y esto generó algunas reflexiones relevantes. En el caso concreto de la literatura, James S. Allen señalaba en 1983 la necesidad de teorizar sobre la manera de seleccionar y abordar textos literarios a la hora de emprender una investigación histórica, y sobre la información que se podía extraer de ellos. Destacaba en particular que la literatura no era un “espejo” y que, utilizada como documento, no era fiable. A su juicio, las piezas literarias debían ser pensadas como partes de diversos “discursos o códigos”, y para analizar los significados de los mismos era necesario atender a la dialéctica entre lo que estaba escrito y el sentido que una audiencia determinada concordaba en otorgarle, llamando así la atención sobre la naturaleza subjetiva de la lectura³. Dominick LaCapra, por las mismas fechas, hacía hincapié en los diversos “contextos de interpretación” que había que tener en mente para analizar este tipo de materiales: los contextos de escritura, que incluían la biografía y las intenciones del autor, la situación política y sociocultural, y las instituciones discursivas (tradiciones o géneros) existentes en el momento de su producción; los contextos de recepción, es decir, cómo eran leídos los textos por parte de diferentes grupos sociales o instituciones, y los contextos de lectura,



*. Este trabajo forma parte del proyecto PID2019-106210GB-I00.

1. Roger FAYOLLE, “D’une histoire littéraire à l’histoire des littératures”, *Scolies*, 2 (1972); Juan AVILÉS, “Fuentes literarias e historia social”, *Studia Storica, Historia contemporánea*, 6-7 (1988/89), pp. 67-78.

2. Denis PELLETIER, “Histoire, littérature et psychanalyse. Michel de Certeau et l’école des Annales (1974-1975)”, *Les Dossiers du Grihl* (2018), <https://doi.org/10.4000/dossiersgrihl.6840>.

3. James SMITH ALLEN, “History and the Novel: Mentalité in Modern Popular Fiction”, *History and Theory*, 22-3 (1983), pp. 245-248, <https://doi.org/10.2307/2504982>.



que implicaba posicionar la lectura propia (la del analista) en la escena crítica contemporánea⁴.

La cuestión de la recepción fue una de las que recibió mayor atención. Michel de Certeau y Stanley Fish pusieron el foco en la lectura en tanto que actividad creadora de significados. Si bien señalaron que dicha creación se solía llevar a cabo dentro de comunidades interpretativas, en ocasiones el lector podía escapar de las mismas “*métissant ses compétences, ses habitudes, les traditions qu’il reçoit comme ses désirs personnels pour tracer dans les textes son chemin propre*”. Se empezó a insistir en la importancia de la autonomía en la lectura, en tanto que actividad silenciosa y, potencialmente, transgresora. Otros autores subrayaron la materialidad de los textos y las formas en que pueden ser leídos o escuchados. Mostraron la importancia de los formatos, la tipografía, la paginación, así como de las maneras de leer (individuales o colectivas, heredadas o innovadoras, íntimas o públicas), los lugares de lectura y la circulación de las obras⁵.

En el ámbito académico español, una reflexión pionera sobre estas cuestiones fue la realizada por Juan Avilés, que afirmaba en un artículo publicado en 1988 que la literatura era “agente creador de valores y mitos”. Por tanto, se debía medir “el impacto social de una obra literaria, y para ello estudiar quienes han sido sus lectores, como se ha vendido, cómo la ha recibido la crítica y, lo que es más difícil, establecer su impacto en la mentalidad colectiva”⁶. Unos años después, Isabel Burdiel y Justo Serna publicaban lo que, a nuestro juicio, ha sido la aportación más relevante hasta el día de hoy. La primera defendía la importancia de la literatura como materia interpretativa para la historia y la necesidad de equiparar en la consideración de lo históricamente relevante –aunque marcando las distancias– tanto lo que fue imaginado y se consideró *posible*, como lo que realmente ocurrió. Si la literatura y lo cultural e ideológico se concebían como una práctica social, como un “ámbito de estructuras formales e informales de comunicación” dotado de elementos de control y resistencia, no se podía obviar el importante papel que desempeñaron en la construcción y reconstrucción, negociación y conflicto de las identidades político-sociales y las relaciones de poder. Burdiel ponía el acento en la materialidad social del lenguaje y en el carácter abierto e inestable de los signos lingüísticos y sociales, así como en la vinculación de experiencias sociales y lenguajes socialmente disponibles, todo lo cual resultaba fundamental para comprender el cambio histórico. Desde este punto de vista, la voz del escritor literario (de novelas, teatro, poesía, ensayo) debía ser interpretada como una más en el “campo de fuerzas, de representaciones y de voces en conflicto” que pugnaban por imponer distintas imágenes de la realidad, de lo político, del sujeto y la sociedad y de las relaciones de género, entre otras muchas cuestiones⁷. Justo Serna resaltaba asimismo la relevancia de lo imaginado para la labor historiográfica. Lo imaginado, decía, era

2

4. Dominick LACAPRA, “History and the Novel”, *History and Criticism*, Ithaca-London, Cornell U.P., 1985, p. 126.

5. Judith LYON-CAEN y Dinah RIBARD, *L'historien et la littérature*, Paris, La Decouverte, 2010, pp. 65-71, <https://doi.org/10.3917/dec.ribar.2010.01>.

6. AVILÉS, “Fuentes literarias e historia social”, pp. 74.

7. Isabel BURDIEL, “Lo imaginado como materia interpretativa para la historia. A propósito del monstruo de Frankenstein”, en Justo SERNA e Isabel BURDIEL, *Literatura e historia cultural o por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Eutopías, 1996, p. 1-5.

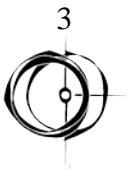
ese territorio en donde se libra la batalla histórica –o, al menos, es uno de sus territorios principales– de la autopercepción, de la percepción y de la representación erróneas o no de los sujetos históricos: imaginando, su representación del mundo y el concepto que de sí mismos se hacen los oponen a otras elaboraciones contemporáneas o heredadas con las que están en conflicto o las armonizan con otros significados de cuya lógica participan⁸.

Recientemente, Burdiel ha reiterado la virtualidad de la literatura para explorar el

significado social de los personajes singulares y anónimos, pero inmediatamente reconocibles, las zonas de la experiencia humana que atañen a lo íntimo, a lo subjetivo, a las relaciones más personales, a las emociones y los sentimientos, las múltiples maneras de ver y estar en el mundo que tenían un carácter irreductiblemente individual y quedaban fuera de la historia oficial⁹.

Esta es la perspectiva que guía los trabajos del presente número monográfico. Consideramos que la literatura participa en la construcción de subjetividades, pero también contribuye a configurar y permite comprender culturas políticas y movimientos sociales, así como procesos más amplios de construcción identitaria colectiva (social, política, nacional, de género). En gran medida, como señalaba Judith Lyon-Caen, por su alto “poder de naturalización”¹⁰. La literatura resulta fundamental para analizar imaginarios y concepciones del mundo, comunidades nacionales y locales, de lo político y de lo social, de la familia, el género, la ciudadanía, el pasado y el futuro, así como del bien y el mal, la virtud, la justicia, la igualdad o la libertad, entre otras muchas cuestiones. Pero además permite desvelar las contradicciones y ambivalencias, muestra la pluralidad de discursos e imágenes existentes en un determinado momento histórico contribuyendo a desestabilizar relatos monolíticos y cerrados. Por último, constituye en sí misma una práctica movilizadora y de acción sociopolítica. A pesar de que en los últimos años han aparecido diversas obras que profundizan en estas cuestiones, queda aún mucho por explorar¹¹.

Los dos primeros textos del dossier se adentran en la construcción, a través de la literatura, de espacios idealizados y/o utópicos regidos por unos valores que construyen y refuerzan ideologías de fuerte calado en las sociedades del siglo XIX. El primer trabajo está firmado por Javier Pérez Núñez quien, mediante el estudio de la vida y la obra de Antonio Trueba (1819-1889), analiza cómo este escritor se valió de la literatura para elaborar un discurso a favor del conservadurismo nacional. En sus novelas, se pone



8. Justo SERNA, “Una historia de la imaginación”, en SERNA y BURDIEL, *Literatura e historia cultural*, p. 33.

9. Isabel BURDIEL, “Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma”, José ALVAREZ JUNCO et. al., *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, UAM-Marcial Pons, 2015, p. 264.

10. Judith LYON-CAEN, “Histoire littéraire et histoire de la lecture”, *Revue d’Histoire littéraire de la France*, 103 (2003), p. 620, <https://doi.org/10.3917/rhlf.033.0613>.

11. Véanse, entre otros, Xavier ANDREU MIRALLES, “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia contemporánea*, 29 (2017), e ídem, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Madrid, Taurus, 2016; Jordi CANAL (ed.), *Historia y Literatura*, en *Ayer*, 97 (2015); Francisco FUSTER, “La novela como fuente para la Historia contemporánea: *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja y la crisis de fin de siglo en España”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia contemporánea*, 23 (2011); Carmen DE LA GUARDIA, Florencia PEYROU y Pilar TOBOSO (eds.), *Escribir identidades. Diálogos entre la historia y la literatura*, Madrid, Síntesis, 2020; Alejandro LILLO, “La literatura de ficción como fuente histórica”, *Studia Storica. Historia contemporánea*, 35 (2017), pp. 267-288; Manuel SUÁREZ CORTINA, *La sombra del pasado: novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

de manifiesto la intención de difundir un orden social con clara impronta ruralista que se desarrolla plenamente bajo el manto de la monarquía isabelina. Aferrado a un innegable sentir católico y patriarcal, Trueba encontró en su tierra natal, la provincia de Vizcaya, el lugar donde estas ideas alcanzaban su máxima expresión y ponían de manifiesto el virtuosismo de un pueblo que, aferrado a sus fueros, reafirmaba su ejemplaridad en el universo discursivo del autor. Por su parte, María Migueláñez Martínez presenta a la escritora francesa anarquista Louise Michel quien, a finales del siglo XIX, publicó tres novelas en las que se retratan universos utópicos anarquistas y se reconoce el importante papel propagandístico de la ideología libertaria. La autora francesa, por tanto, se insertaría en el grupo de las plumas ácratas que entendieron la literatura como parte de la revolución como una forma de movilización y de acción revolucionaria. Louise Michel, además, tejió y reforzó redes transnacionales de anarquismo gracias a las traducciones de sus novelas a manos de, por ejemplo, su correligionaria española Soledad Gustavo.

La crisis del cambio de siglo conllevó, en muchos casos, el uso de la literatura como plataforma desde la que repensar los espacios pasados y presentes y, en ocasiones, construir lugares de memoria de la que extraer lecciones sobre los modelos de comportamiento y las ideologías dominantes de sus habitantes. A partir de esta reflexión, Henrique Perin presenta al cronista brasileño Achylles Porto Alegre quien, en los albores del siglo XX, se sirvió de la literatura para hacer una suerte de viaje histórico a la ciudad de Porto Alegre de los siglos XVIII y XIX, como si fuera un visitante que recorre un país foráneo. El autor analizado utilizó este recurso romántico de evocación del pasado para airear las angustias y nostalgias que le provocaban los cambios que estaban ocurriendo –con la llegada del siglo XX– en la ciudad, tanto en lo que se refiere al espacio físico como a la conducta de sus habitantes. La ciudad se adentraba con entusiasmo en la industrialización y la modernidad, pero a la vez se desprendía de sus tradiciones y sus costumbres. Todo ello convertía al espacio común en dos mundos extranjeros.

Esta transformación de modelos de comportamiento y de formas de pensar las sociedades y los espacios en los que éstas operan es precisamente el punto de partida del artículo escrito por Alicia Mira y Berta Lillo. Las autoras analizan la obra *Tigre Juan y El Curandero de su honra* (1926) de Ramón Pérez de Ayala. Un texto con personajes que encarnan los diferentes modelos de masculinidad vigentes en la España de entre siglos. El éxito y el fracaso de los diversos protagonistas permite al escritor construir un modelo de masculinidad que propone como clave para superar la crisis que arrastra España desde finales del siglo XIX. La novela, por tanto, debate sobre los aspectos que deberían definir al *nuevo* hombre español que, sin cuestionar los principios patriarcales, se renueva en base a nuevos patrones de comportamiento. Se abre así el camino a una hombría alejada de donjuanismos y/o caballerismos obsoletos y centrada en el autocontrol, la monogamia, el trabajo y la austeridad. Este nuevo hombre se utiliza como reflejo de una España que, para López de Ayala, debería avanzar en el camino de la modernidad, la civilización y el progreso propios del siglo XX.

El prometedor siglo XX pronto se ve marcado por la I Guerra Mundial, el auge de los totalitarismos y la pugna de las diferentes propuestas ideológicas por movilizar a la sociedad. En este acelerado viaje, parte del anarquismo de los años treinta se lanzará a repensar el capitalismo de la guerra desde el que elaborar sus propuestas pacifistas. Este es el contexto en el que se introduce el último artículo que integra este número monográfico, que firma Javier Navarro Navarro y se centra en la obra *Un puente sobre el abismo* (1932) del escritor y militante anarquista Higinio Noja Ruiz. Navarro explora

la tríada formada por la novela, la revista *Estudios*, en la que se publicó por entregas, y la trayectoria personal del autor. A partir del análisis de las tres variables mencionadas, muestra la importancia del proyecto editorial y cultural anarquista en la divulgación de discursos e imaginarios, sobre todo de contenido social y pacifista.

Los diversos estudios del dossier, en definitiva, revelan algunas caras de un universo poliédrico y multiforme, muy rico y plagado de posibilidades interpretativas, en el que, tenemos la certeza, resulta imprescindible seguir investigando.

